BEGOÑA IBARROLA

ILUSTRACIONES RAQUEL P. FARIÑAS

LA MONTAÑA DE IVÁN

DESCLÉE DE BROUWER

El lugar donde vivía Iván era un pueblo bastante feo, con casas poco cuidadas y basura y escombros por las calles, donde el viento soplaba a menudo con fuerza, llenando de polvo y suciedad cada rincón.

Para colmo de males, sus habitantes dejaban abandonado en cualquier lugar todo lo que no les servía, les daba igual que fuera la calle o el campo, y a menudo se encontraban de nuevo ante sus casas la basura que el viento les devolvía.

A las afueras del pueblo había campos yermos donde nada crecía y solo las malas hierbas desplazaban a los antiguos cultivos que ya no prosperaban por falta de agua.

Algunos niños pequeños nunca habían visto llover.

—Antes de la sequía el pueblo era distinto –decía uno de los vecinos más mayores–, la lluvia hacía crecer la hierba, había huertas y el campo daba gusto verlo, las flores tapizaban los prados y adornaban nuestras ventanas.

—Y cómo me gustaba oír los cencerros de las vacas y ovejas cuando volvían al redil por las tardes... –decía otro con la mirada perdida, añorando tiempos pasados.

—Este pueblo está maldito –añadía otro–, solo el viento viene a visitarnos y a su paso aún ensucia más nuestras calles.

—¿Cómo no va a estar sucio si tiramos lo que no nos sirve en cualquier lado? –comentaba otro–, por supuesto que antes era más bonito.

Pero no hacían nada para cambiar la situación y el pueblo cada día estaba más y más sucio, y más y más feo. Parecía que a nadie le importaba ya tener flores en las ventanas, limpias las calles o encaladas las fachadas de las casas.

Aquella mañana en la escuela, mientras su maestro les contaba una historia sobre un lugar donde llovía mucho, Iván le preguntó:

—Maestro, ¿por qué no llueve nunca aquí?

—Porque el clima del planeta está cambiando, aunque sería diferente si hubiera montañas cerca. A las nubes les gusta conversar con las montañas y, antes de continuar su viaje, sueltan el agua que llevan para sus amigas.

—¿Y por qué no construimos nosotros una montaña? –preguntó Iván con los ojos muy abiertos.

Sus compañeros se echaron a reír y su maestro sonrió, pero el niño se quedó callado mientras aquella idea empezaba a dar vueltas en su cabeza.

Y a partir de aquel día, nada más terminar las clases, Iván comenzó a recoger todas las cosas que sus vecinos tiraban a la calle y, con una vieja carretilla que le dejó su abuelo, fue llevando sillas rotas, cajas, garrafas de plástico y un sinfín de trastos que ya no servían para nada a las afueras del pueblo, junto al cauce seco del antiguo río.